

cuencia, ó el desconocimiento de los principios ó el de las reglas. El hombre teórico sabe explicar y demostrar, pero la Agricultura es esencialmente práctica y además Costa-Rica no necesita por ahora de sabios agrícolas; sino de agricultores prácticos, más no rutinarios, y esto sólo se obtiene abriendo escuelas teórico-prácticas de Agricultura.

Lo mejor que he visto en este sentido, es el proyecto presentado al Gobierno por el Liedo. D. Julián Volio; pero su realización es por ahora, tan difícil, atendiendo al estado de las arcas nacionales, que de él no nos ocuparemos en esta ocasión y vamos á manifestar lo que pudiera hacerse por el pronto, para ir ya preparando el terreno y así cuando se pueda hacer algo mejor ya no se tropiece con tantas dificultades.

La explicación de nociones de Agricultura en las escuelas de varones de la República, acompañadas de la práctica, siempre que se pueda, es la primera medida que debiera dar el Gobierno para ir despertando el gusto por esa clase de estudios y así pronto se notarían los resultados ventajosos, de tal modo que dentro de muy poco tiempo, no sería difícil reunir los domingos al pueblo agricultor, para darle explicaciones teóricas de lo que ellos hacen rutinariamente. Esto influiría mucho en la mejora del pueblo, porque al lado de las explicaciones de agricultura se podrían hacer las de moral social, en la cual van incluidos los derechos y deberes del ciudadano, y también economía moral, consiguiéndose con esto el perfeccionamiento de las costumbres populares y el aumento de la riqueza pública.

Para posteriores artículos dejo el desarrollo de algunas ideas que en este apenas he podido apuntar.

San José, octubre 4 de 1883.

RAMÓN CASTRO SÁNCHEZ.

REPRODUCCION.

MISCELANEA

DE

Economía, Política y Moral.

Extractada de las obras de Benjamín Franklin.

(Continuación.)

Este principié, á hacerlo, mientras que el mercader apoyaba fuertemente el hierro sobre la piedra. Nuestro comprador, que hallaba aquel trabajo penoso, dejaba de cuando en cuando la rueda para observar en que estado se encontraba la operación; pero cansado al fin, se decidió á “tomar el hacha tal cual estaba. No, no, dijo el “mercader, aun no hemos acabado, vuelva Vmd., “vuelva Vmd. sin cesar la rueda, que muy pronto el hacha estará brillante como un espejo, pues “hasta ahora no lo está sino por partes. No “importa, le replicó el comprador, pues me gusta “mejor salpicada de manchas”.

Creo que lo mismo sucede á muchas personas que, por falta de algunos medios semejantes á los

que yo empleaba, habiendo hallado demasiada dificultad en adoptar ciertas buenas costumbres, ó en dejar las malas, renuncian á sus esfuerzos, y concluyen por decir que *el hacha está mejor manchada*. Cierta cosa, que parecia ser la razón, me sugería también alguna vez, que la suma exactitud, tal cual yo la exigía de mí, podia ser muy bien una especie de simpleza en moral, que habria hecho reír á costa mia, si hubiese sido conocida; que un carácter perfecto podia experimentar el inconveniente de llegar á ser objeto de envidia y de odio, y que un hombre que quiere el bien, debe tolerarse á sí mismo algunos ligeros defectos, á fin de no parecer un censor á la vista de sus amigos. La verdad sea dicha, yo era incorregible en cuanto al artículo del *orden*, y hoy que soy viejo y que mi memoria no es buena, conozco de un modo sensible que esta cualidad me falta. Pero, en totalidad, aunque jamás haya llegado á la perfección que tanto ambicionaba alcanzar, y que tan léjos he quedado de ella, sin embargo, mis esfuerzos me han hecho mejor y más feliz, que no lo hubiera sido, á no haberlo emprendido. Así es como el que quiere formarse un buen carácter de escritura por la imitación de los modelos grabados, aun cuando jamás logra copiarlos con la misma perfección, llega á lo menos, por sus esfuerzos, á alcanzar mejorar su forma y una escritura limpia y legible.

Tal vez puede ser útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados, ayudado del favor de Dios, ha debido á este pequeño expediente, la inalterable felicidad de su vida, hasta sus setenta y nueve años, que es á la edad que escribe estas páginas. Las desgracias que puedan sucederle en lo restante de sus días, están en la mano de la Providencia; pero si llegan, la reflexión sobre lo pasado, le dará fuerza para soportarlas con más resignación. A la *templanza* atribuye su prolongada salud, y lo que aun le queda de buena constitución; al *trabajo* y á la *economía*, el bienestar que ha adquirido en su juventud, la fortuna que ha seguido á aquél, y todos los conocimientos que le han puesto en estado de ser un ciudadano útil, grangeándole un cierto grado de reputación entre los sabios; á la *sinceridad* y á la *justicia*, la confianza de su país y los empleos honoríficos con que le han revestido; en fin, á la influencia reunida de todas estas virtudes, aun en el estado de imperfección en que ha podido adquirirlas, la igualdad de humor y la jovialidad en la conversación que aun hacen buscar su sociedad, haciéndola agradable hasta á los mismos jóvenes. Me lisonjeo, pues, que algunos de mis descendientes querrán imitar este ejemplo, y que con él no se hallarán mal.

Se observa que aunque mi plan de conducta no se halle enteramente desprovisto de los principios religiosos, sin embargo no entraba en él ningún dogma para que perteneciese á una secta particular.

(Continuará.)